Año V—Epoca II | La Plata, 2ª quincena de Febrero de 1923 | Núm. 92

Redacción y Administración: 14 N. 1227 LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

NUESTRO EDITORIAL

EL GOBIERNO

Es inútil pedirle peras al olmo y mucho más inútil todavía es pedirle al gobierno pan y libertad. Al olmo se lo impide su propia naturaleza, y al gobierno también.

Los que creen, pues, en que el bienestar puede venirles *de arriba*, o son ciegos de nacimiento o son de esos soñadores que solo sueñan dormidos.

Se precisa que los pueblos sean de aquellos que yacen aletargados bajo la influencia del láudano o del opio, para que después de tantos siglos de sufrir los rigores del gobierno, no hayan oido la señal de los despertadores de música o de timbre que los invitan a abrir los ojos, a mirar y a ver. Pues si no fuera así, ¿cómo es posible que siguieran inertes y hasta inermes, dejándose chupar vigor y sangre, por semejante zángano insaciable?

No es necesario tener un telescopio para llegar a ver cuál es la naturaleza del gobierno. Está cerca, muy cerca de nosotros, y por mucho que se rodee de aparato, como simulador que ha sido siempre, no la puede ocultar. Bastan los ojos, descubierto el párpado, y la pupila viva, para vérsela.

Veamos, pues.

El gobierno—absolutista, monárquico, democrático o proletario,—es un organismo parasitario, que no da leche, como los pulgones de los rosales que, siendo también parásitos, se la dan a las hormigas, y que no solo no da leche, sino que extrae todo el jugo que le es posible al cuerpo social, sin emborracharse nunca, como las cigarras llenas del vino transparente de las savias, ni desprenderse jamás, como las sanguijuelas hartas del caldo espeso de los humores. El gobierno es entonces el peor de los parásitos y el más terrible de los chupadores.

Lo constituyen, desde el as principal—rey, presidente o dictador,—hasta la carta de valor más ínfimo—vigilante, verdugo o celador,—toda una larga serie bien variada de tipos pura garra y pura trompa, desesperados por consumirlo todo y no producir nada. Y que es así en efecto, se comprueba con solo preguntarse: «¿Qué hace el rey?»; y no poder responderse sino esto: «Reina.» ¿Y el presidente? Gobierna. ¿Y el dictador? Manda. ¿Y el diputado? Legisla. ¿Y el juez? Condena. ¿Y el carcelero? Vigila. ¿Y todos juntos? ¡El gobierno!

Como se ve, ni una sola respuesta contiene estas palabras de verdadero mérito y valor: Siembran, aran, cosechan o edifican; estiban el carbón o lo arrancan del seno de la tierra; abren un túnel, funden el hierro, colocan una vía ferroviaria o fabrican un modesto alfiler.

Nada de eso, no; nada siquiera, que de una u otra forma pueda ser útil a la sociedad. Y sin embargo, ¡cosa inaudita, cosa asombrosa, cosa arbitraria! todos esos seres, viven, y todos, sin fallar un solo día, comen mucho mejor que la gran mayoría de cuantos producen y cuantos trabajan. Cosa inaudita, sí, cosa asombrosa, sí, cosa arbitraria, sí, sí, sí, cuando se piensa que un organismo tan dilatado, tan monstruoso, de tan gigante bulto, no podría vivir un solo instante si no fuera gracias a la rapiña que realiza sobre el trabajo, ¿pues qué sería de su brutalidad, de su soberbia y de su cinismo, si no arrancara de entre las manos de los productores la parte del león conque se alimenta?

Esta sola razón contra el gobierno—la de su parasitismo invasor, infecundo y negativo,—es suficiente para descalificarlo en cualquier sentido. Y si ahora añadimos a su todopoderío de ladrón máximo, las facultades que se ha arrogado de castigador y de perdonavidas, facultades de que usa y abusa hasta los límites más extremos, comprenderemos que no es ya una descalificación la que merece, sino la muerte, la cremación de sus restos y la diseminación de sus cenizas.

Animal tan inmenso, tan fabuloso como es este del gobierno, que no tiene en su favor ni el más misérrimo glóbulo homeopático de razones convincentes que lo justifiquen, ha debido hacer, entonces, de la fuerza, su inexpugnable trinchera. Y así, ha creado todo ese aparato guerrero que le sirve para obligar, para extorsionar, para, en suma, hacerse obedecer; y ha conseguido además llegar a ser tenido como sagrado y, lo que es peor, como necesario.

Por eso, cuando los pueblos levantados en armas «contra el gobierno», han conseguido el triunfo, el gobierno ha continuado subsistiendo, pues el caído ha sido el gobernante o el régimen o el sistema y no el gobierno en sí, como sería necesario para que aquellos pudieran decir positivamente que «ha comenzado una era nueva».

Rusia nos ha dado el último ejemplo de revolución tirada por la ventana. El pueblo, el mismo pueblo que se prosternó ante el zar, hoy se prosterna ante los comisarios «proletarios» que lo substituyeron. Es que ese pueblo, como todos los pueblos de la tierra, no ha despertado aun el luminoso pensamiento anárquico.

Háganse todas las revoluciones que quieran hacerse; mientras no se suprima la autoridad, mientras sea posible la ley, mientras el pueblo confíe en los caudillos, y mientras, en una palabra, fíe a un gobierno, cualquiera fuere, la solución de todas sus desdichas, no habrá realizado la revolución verdaderamente salvadora, y continuará girando dentro del vicioso círculo del tira y afloja, de las reformas, de las concesiones, sin disfrutar jamás íntegramente del bienestar y de la libertad.

Es, pues, inútil, como se deduce de todo esto, pedirle peras al olmo. Más fácil será que nos dé leña, y mucho más fácil bala. Porque el olmo, para el caso, es el gobierno, y el gobierno no puede dar sino la brutalidad que informa su propia naturaleza de usurpador.

Las dos juventudes

Con frecuencia oímos a los viejos en años y en ideas, expresarse de este modo: «la juventud de hoy es peor que nunca». Bien, bien, pero y los viejos ¿cómo son, qué han hecho por mejorarla y para considerarse con derecho a condenarla?

Ellos son los que han educado a los jóvenes, ellos son los que con sus falsas enseñanzas han puesto a la juventud en brazos de la ignorancia; ellos los que han llenado su espíritu de religión, los que han trazado en las batallas las fronteras entre pueblo y pueblo, los que han creado el militarismo y las banderas, han fabricado las armas, levantado esas fábricas de leyes que se llaman parlamentos, construído las cárceles donde se encierra y se tortura a los jóvenes que se sublevan contra la tiranía de los viejos, y hasta en fin, formado la ya famosa liga patriótica que tantas infamias ha cometido en este país. Y si ellos han hecho todo eso y educado de esa manera, ¿qué querían, pues, qué esperaban de la juventud? ¿Que fuera progresista, desinteresada, generosa? ¿Que se diera a un ideal bello y bravío? ¿Que cantara un himno de renovación?

No, no, nada de eso quieren, sino que sea siempre obediente. Y por cierto que lo han conseguido bastante; sólo que ha ellos aún les parece poco.

En verdad, la juventud de hoy no es una juventud muy buena. Juega mucho, tiene un espíritu demasiado materialista, no vive más que soñando y proyectando goces y diversiones, y aunque se fija poco en los dioses del cielo y de la tierra, se fija sin embargo lo suficiente como para que se mantengan, desgraciadamente, vivos y activos.

Pero hay otra juventud, no contaminada todavía; juventud sin edad, pues no se puede la suya contar por años, a la que miran los viejos con recelo porque no gusta seguir tras las comparsas y tiene ojos que saben escrutar; juventud que necesita para sus expansiones otros mejores horizontes. Y es a esa juventud que le decimos: ¡rebélate contra los viejos, destruye todo lo que ellos construyeron, abate sus monumentos a la mentira, arrasa sus fronteras, sus leyes y religiones esclavizadoras, e inaugura prontamente la era de la libertad, si quieres ser feliz y sentir profundamente la saludable alegría de vivir!

JUAN CHRISTIAN.

Kurt Wilckens el justiciero

La perniciosa sociedad que nos agobia es un compuesto de miserias y de tragedias, míresela por donde se la mire.

La prensa burguesa, vil y rastrera, suele contarnos algunas de estas, cuando el caído es algún señor de la banca o algún galoneado. Cuando es un pobre, que ni perro tiene que le ladre, guarda el más riguroso de los silencios.

¡Ved qué cosas no ha dicho de Varela, el señor teniente coronel que en Santa Cruz se cubrió de sangre! ¡Como si ese señor no se hubiera merecido lo que le sucedió! Si sembró el mal ¿qué otra cosa podía recoger que su propio mal? Si el crimen fué el consejero de sus actos, ¿qué, sino en tragedia debía caer?

Justo fué y basta. Lo contrario sí que hubiera sido injusto.

Pero Wilckens no ha sido un asesino. Su corazón estuvo siempre a mucha más altura que el de su víctima. Fijaos en esto: tuvo muchas oportunidades para dar fin con el autor de la masacre santacruceña, pero no lo hizo en tanto éste se halló acompañado de su familia o de sus amigos. Y fijaos también que el mismo día que mató a Varela, por no herir a una niña que se cruzó en ese instante, se aproximó tanto a su víctima que los fragmentos de la bomba que le arrojó, lo hirieron a él mismo.

¿Queréis más nobleza de sentimientos?

***

¡Wilckens! ¿Qué sintió tu pecho en el momento de dar muerte al verdugo? El dolor de las viudas, de los niños huérfanos, de las hermanas tristes, de las novias desesperadas, de los padres afligidos, deudos de todos aquellos que cayeron en Santa Cruz reclamando venganza.

Mujeres a quienes Varela hizo fusilar vuestros compañeros: ¡Wilckens no es un asesino!

Niños a quienes Varela dejó en la orfandad completa, matándoos vuestros padres que habían marchado a ganar el sustento para ellos y vosotros: ¡Wilckens no es un asesino!

Novias que lloráis la pérdida de vuestros novios y vuestra felicidad destruida por la mano de Varela: ¡Wilckens no es un asesino!

Hermanas a quienes mataron vuestros hermanos, los soldados que comandó Varela: ¡Wilckens no es un asesino!

Padres que perdisteis vuestros hijos en aquella tragedia que Varela escribiera con el fuego y la espada: ¡Wilckens no es un asesino!

Y a vosotros, jueces, que ante los actos del extinto Varela no supisteis decir ni «ésta boca es mia»; y a tí, vulgar charlatán que lees ávidamente cuanto dice al respecto la prensa burguesa y piensas con el mismo cerebro que ella piensa; y a vosotros, trabajadores que no tuvisteis un átomo de valor para protestar contra los asesinatos de la Forestal, Jacinto Aráuz, Villaguay, Gualeguaychú, Buenos Aires de la semana trágica de Enero, ni menos tampoco contra el horrible crimen de Santa Cruz, también quiero decíroslo: ¡Wilckens no es un asesino! ¡Wilckens no es un asesino! Wilckens es el dolor de todos los que cayeron, el deseo de venganza, acobardado, de todos los deudos, y el brazo de la justicia que, aunque tarde a veces, no deja por eso de caer siempre como una bomba, como un tiro o un escupitajo, sobre los criminales encumbrados, sobre sus tumbas o sobre sus recuerdos!

¡Wilckens! ¡Hermano! ¡Salud!

Enero 1923. J. IROSQUI.

"LOS INADAPTABLES"

Tal es el nombre de una nueva agrupación que con fines de propaganda se ha constituído recientemente en Ingeniero White, calle J. Harris 442; agrupación que desde ya y por medio de estas líneas, agradece vivamente a todos, el envío que se le haga de material con ese objeto.

F. O. R. A. Comunista. Lo que cuesta ser honrado en los E. Unidos

Hace algún tiempo, comentando los casos de los prisioneros políticos, dijo el Procurador General que lo que hace a éstos peligrosos es el hecho de que son honestos en sus creencias. A la simple vista, esa honestidad parece ser una *razón* extraordinaria para mantener con enormes sentencias en presidio a esta clase de hombres, varios años después de que todas las demás naciones aliadas libertaron a todos los que se opusieron a la guerra.

***

Los recientes descubrimientos hechos sobre la conducta observada por este enemigo de la honestidad, arrojan alguna luz sobre el pasado de Mr. Daugherty (el procurador general.) Se recordará que, recientemente, este hermoso ejemplar de la justicia americana se vió forzado a admitir que había aceptado $ 5.000 (cinco mil dólares) en efectivo y la promesa de $ 20.000 (veinte mil dólares) en pago de sus gestiones para obtener la libertad del millonario Morse, en aquel tiempo recluído en la penitenciaría federal de Atlanta, Georgia, sirviendo una sentencia por fraude.

Mr. Morse sabía bien dónde colocar su dinero provechosamente. El no necesitaba los servicios de un *buen* abogado para que lo sacase del presidio, ya que durante la vista de su proceso había tenido la mejor representación legal del país sin resultados favorables. Lo que él necesitaba era la existencia de un sobornador político. Daugherty tenía la reputación de ser uno de los mejores, pues además de sus naturales aptitudes para arreglar asuntos sucios, poseía las facultades técnicas de muchos años de experiencia en la materia. Morse sabía que pagando a Daugherty un buen emolumento los delicados resortes del mecanismo judicial se moverían satisfactoriamente al ser manejados por expertas manos.

***

Varios doctores,—todos éstos reputadísimos en los centros de la política—examinaron a Morse y aplicáronle el estetóscopo de su avaricia a la respiración financiera del paciente. Morse gastó mucho dinero en algunas de las más costosas enfermedades. El telégrafo mandaba continuamente a Washington alarmantes informes sobre la proximidad de la muerte del millonario.

***

La idea de que un millonario muriese en presidio sin haber gastado su fortuna, hizo que los ciegos ojos de la Justicia se inundasen de lágrimas. Sus cortesanos notando que la diosa estaba derramando lágrimas de oro, acudieron solícitos a investigar la causa de aquel pesar y, una vez descubierto, se enternecieron y apasionaron en favor de la justicia. El gesto de Pilatos lavándose las manos resulta insignificante comparándolo con un político moderno al untarse las suyas.

***

Morse fué libertado. A los pocos días se restableció de todas las enfermedades que le habían afligido en presidio; lo único que perdió fué la memoria. No recordó que había prometido pagar $ 20.000 (veinte mil dólares) al presente Procurador General del país, así como algunas otras promesas menos definidas, pero que tendían a asegurar el futuro financiero del hombre que había servido de instrumento para lograr su liberación. Pero Mr. Daugherty no olvidó lo que se le había prometido. Más tarde, Mr. Morse ha podido convencerse de que cuando un hombre compra justicia no debe olvidarse de pagar al intermediario, al politicastro; pues éste puede llegar a ser un día Procurador General de la Nación.

Como premio a los servicios prestados a *Wall street,* Mr. Daugherty fué puesto al frente del Ministerio de Justicia. Mr. Morse se encuentra otra vez entre las garras de la ley. ¿De qué serviría a Daugherty la posición que ocupa si no le fuese permitido cobrar las cuentas viejas que le deben?

***

Bajo tales circunstancias, ¿habrá quien dude que la honestidad de los prisioneros políticos es un gran obstáculo para obtener su liberación? ¡Si al menos tuviese cada uno de ellos $ 25.000 para conmover un poco el corazón del Señor Daugherty! Este caballero es completamente inexperto en eso de sacar a hombres honestos del presidio, pero una «untadita» apreciable quizá le hiciese cambiar su manera de obrar... Además, es natural que él considere la honestidad de los prisioneros políticos como un contraste reflector de su propia mentalidad.

SIMÓN ROCA.

Nota de redacción.—El Comité General de Defensa «Solidaridad» de Chicago, ha editado en manifiesto las líneas que preceden y suplica sean reproducidas por toda la prensa revolucionaria. Tal deseo se explica: se trata de que en el mundo entero se sepa de qué extracción es la honestidad de ese ministro de justicia que tanto tuvo que ver contra la libertad del malogrado camarada Ricardo Flores Magón. Pero lo que no se explica es por qué la F. O. R. A. C. haya querido que al insertarlo, lo encabezáramos con su propio nombre, tal cual lo hemos hecho por complacerla.

A la juventud

Sin los verdaderos derechos que el hombre adquiere al venir a la vida, no se es más que un ente despreciable, vale decir, un ser despojado de todo aquello que constituye al hombre que sabe cual es su puesto en la vida y que no ignora que en el mundo todo a él le pertenece como a todos.

Dentro de cada joven hay una inteligencia que duerme y que es preciso despertar para que sepa defenderse de los ataques brutales de todos los que medran, ya en el campo del trabajo, ya en el de la religión o ya en el del Estado. De este modo, aprenderá a conocer a los explotadores, sean estos los que viven a costa de sus esfuerzos, como los que parasitean gracias a la ignorancia de los más.

Al egoísmo malvado que impera, debe destronarlo la juventud y abrir su pecho al ideal anárquico por el cual se perfeccionará, haciéndose mejor cada día, más generosa, más buena y más espléndida.

Abre, pues, juventud, vuestros brazos hacia el ideal cantado por los poetas, anunciado por los filósofos y soñado por todos los que tienen un sano sentimiento y un buen corazón. Y lleva al pueblo que duerme en la ignorancia, tus viriles pensamientos, tus firmes entusiasmos y tus próvidas esperanzas.

A. SÍLEX.

Consideraciones sindicales

Los compañeros que defienden la organización sindical por industria, fundan su valor de potencialidad gremial, en la acción solidaria que rápidamente pueden prestarse los proletarios en defensa de sus intereses de explotados. En resumen y en concreto, todo cuanto se dice al respecto descansa sobre esta sola cosa: la solidaridad.

A nuestro modo de ver, fundar la superioridad del sindicato por industria, sobre tal concepto, no es demostrar esa superioridad, pues lo mismo, para obtener un triunfo cualquiera, se necesita la solidaridad en el sindicato por oficio.

Es más; cuando el hombre posee sentimientos solidarios y cuando quiere permanecer consecuente con ellos, ni siquiera necesita ser un obrero organizado si ha de poner en práctica sus sentimientos.

Pero el caso notable es que para afirmar la superioridad del sindicato por industria, frente al sindicato por oficio, se niega a este su valor y se le considera como una vieja norma de organización, de poca fuerza como para batallar contra el capitalismo. ¡Siempre el afán de las innovaciones es lo que nos ha hecho ver métodos viejos en las luchas entre el capital y el trabajo!

Con todo lo que han escrito los compañeros que defienden el sindicato por industria, no han hecho otra cosa, sin quererlo naturalmente, que enfocarse al sindicalismo centralista, *constructivo*, que aspira a realizarse completamente bajo este lema: «todo el poder a los sindicatos». Y una organización obrera de tal naturaleza, que necesitaría de los más acabados cuerpos burocráticos, con sus influencias y sus intereses, más que al altruismo, a la abnegación, a la solidaridad, nos llevaría al bajo egoísmo, antipático, utilitario, quebrantador de los mejores sentimientos.

Además, el sindicato por oficio es de mayor autonomía que los sindicatos por industria; por lo mismo, está menos expuesto a sufrir el peso de las mayorías inconscientes que suelen moverse a influjo de las circunstancias.

Dos cosas debemos trabajar los anarquistas para evitar su influencia en el espíritu de los hombres. Una, contra el concepto centralista de organización; otra, contra el sentimiento autoritario tan arraigado actualmente.

Una organización por industria sería de tal manera absorbente, que llegaría a matar todas las iniciativas que no fueran las de su propio cuerpo o comité director.

Por ejemplo, pongamos el caso de una federación en construcciones. Forman parte de ella albañiles, mosaístas, etc. Supongamos que el gremio de albañiles es superior en número al de mosaístas y que mientras este gremio realiza una obra ideológica, de elevación moral e intelectual de sus componentes, el otro, neutralista acabado, concreta toda su obra a educar sobre la ganancia del centavo. Tal obra la han desarrollado ambos gremios mientras han sido gremios en sí. Pero ahora están unidos en sindicato de industria, y la obra es de otra naturaleza. Así mientras la mayoría quiere que la organización esté por encima de todo y que sólo los problemas inherentes a ella sean los únicos que deben ser debatidos en su seno, la minoría, poseedora de otro pensamiento más libertario y por consiguiente de un espíritu más amplio, querrá extender a la sociedad entera la propaganda y exposición de sus principios. Mas la mayoría es aplastadora y hay que someterse. Y de ese modo el gremio de mosaístas se vería obligado a poner una mordaza a sus pensamientos, por *el bien de la organización* y *para que se mantenga la unión de los trabajadores*.

Además, en el sindicato por industria, la solidaridad será siempre una medida de disciplina más que un sentimiento generoso. Y por la misma cantidad de asociados que reune, será siempre, también, mucho más centralizador que el sindicato de oficio, en el cual, por grande que sea la cantidad de defectos que tenga, el número menor de asociados hace más facilmente de cada uno de estos un militante más activo y más inteligente. Que es lo que hace falta en el mundo proletario, para su verdadera emancipación.

SEBASTIAN ROBERT.

DOS HOMBRES: DOS SIMBOLOS

Sucede con frecuencia que en la lucha social, lucha incesante entre el principio afirmativo de la libertad y el negativo de la violencia autoritaria, aparecen frente a frente dos hombres que polarizan o encarnan ambas corrientes.

Como si de dos bandos adversarios se destacaran sendos campeones a medirse en singular contienda, así surgen los tipos representativos de las opuestas tendencias sociales. Y ostenta cada uno los atributos morales que a su bando caracterizan.

Uno de esos encuentros acaba ahora de realizarse.

La casta gobernante, autoritaria, violenta, heredera de los vicios de todos los antiguos opresores,—la actual burguesía militarista y patriotera, personificada en el teniente Varela,—se halló en un momento frente al bando contrario, al que encarna el espíritu nuevo de justicia, de paz, de libertad, al que lucha por eliminar la violencia de la sociedad, al bando anarquista representado por el compañero Kurt Wilckens. Y sucedió que el hombre bueno, el hombre de paz y de amor hizo saltar al otro mundo el cuerpo del militar, del hombre sanguinario y violento, del asesino profesional.

¿Fué un acto de venganza, un acto de justicia?

Algo más que eso. Fué un acto de redención, de verdadera exaltación humana.

Observad con espíritu sereno los antecedentes inmediatos de este trágico episodio, examinad la psicología de ambos personajes y tendréis la evidencia de ello.

Varela, educado en la escuela del crimen, viviendo en un medio para él propicio, no tiene más ideal que el ascenso. Para esto es preciso que demuestre sus cualidades de *buen militar,* que deben ser las de un asesino sin entrañas. Y así acecha ansioso una oportunidad que se lo permita.

De pronto ésta se le presenta magnífica. Un núcleo numeroso de proletarios se levanta en airada protesta contra una opresión desmedida. Se hace necesario salvar los intereses de los explotadores que son los intereses de la *patria*; y el teniente coronel Varela recibe esa honrosa misión. Al frente de un regimiento de autómatas, seleccionados entre los más brutos, se dispone a reducir a los rebeldes. Aún contando con fuerzas superiores no se atreve a combatirles abiertamente. Valiéndose entonces de su ingenuidad, los engaña. Finge intenciones pacíficas y obtiene que depongan sus menesterosas armas. Y he aquí, que con crueldad y cobardía sin iguales, los fusila, los degüella o los azota, haciéndolos enterrar moribundos en las fosas que ellos mismos cavaran. Cumplida su obra pacificadora, que le valió el aplauso unánime de la burguesía y su prensa, el *valiente soldado* vuelve a su hogar. Y esa fiera sanguinaria, que dejara tantos huérfanos y viudas, recibe sosegadamente la caricia de sus niños, cual pudiera hacerlo el más humanitario de los seres.

Entretanto, el pueblo que ha sentido en pleno rostro la cruel bofetada, permanece inactivo, acoquinado, vencido. La bestia hace ostentosamente alarde de su ferocidad. Su triunfo ultraja a la humanidad entera.

Pero entonces surje el hombre que la redime.

Wilckens, nacido y educado en el dolor, rudamente golpeado por la vida, alberga, sin embargo, en su mente, un sueño generoso. Anhela ver un día la humanidad libre y feliz. Este sueño es su gran deleite. Por él se le persigue y rechaza por doquier. Mas su espíritu, lejos de amilanarse, se hace más firme y retemplado; ante el zarpazo brutal, se rebela todo entero. Su amor profundo a la humanidad, que ningún afecto personal mermara, lo impulsa a la obra, al sacrificio.

Al concebir su acto, ¿creéis que pensó en matar? No. Pensó ante todo, en levantar al pueblo de su marasmo, devolver la bofetada a la casta opresora, afirmar su ideal libertario. Y realizó su propósito con serenidad admirable.

¿Veis la diferencia entre los dos hombres?

El primero mata a centenares de seres indefensos, sin riesgo alguno, contando aun con ser recompensado. El segundo elimina al criminal, sabiendo de antemano que perderá su vida ¡y aún evita dañar al inocente retoño de su enemigo!

¿No son estos hombres, símbolos vivientes de dos principios opuestos? El uno representa la autoridad en toda su barbarie; el otro encarna la anarquía en toda su belleza.

Es justo, pues, que los militares y burgueses lloren a Varela y denigren a Wilckens. Aquél fué de ellos, muy de ellos; y éste es nuestro, bien nuestro.

J. P.

Correspondencias

Desde Rivera.

El obrero oprimido en todas partes y en todas formas, no encuentra durante su mísera existencia, momento ni lugar donde esconderse de sus sempiternos verdugos que, cual vampiros, se ceban en él chupándole la sangre. Estas son frases harto usadas en el periodismo obrero y la verdad, me cuesta emplearlas, pero son las más apropiadas para indicar en qué forma los prepotentes abusan del poder que les ha conferido la ignorancia.

Aquí, en el campo, no se comprueba a primera vista, tanta injusticia como en la ciudad. Los chacareros, que consideramos como el paragolpes de las dos corrientes antagónicas (el poder, en todas sus manifestaciones brutales, desde arriba, y los explotados, que cual volcán de hirviente lava no tardarán en estallar desde abajo,) los chacareros, digo, que hacen producir la tierra en beneficio de sus propietarios que ignoran las penurias que aquellos sufren por un ínfimo interés, pasan todo el año en las tierras alimentándose de liebres y vizcachas.

Creo que ningún compañero se ha ocupado de describir éste rincón del mundo adquirido por el barón Hirch expresamente para sus compatriotas judíos. Pues bien yo trataré de hacerlo.

Para adquirir cualquier cantidad de tierra en esta colonia, es necesario disponer de una respetable cantidad de dinero, en posesión del cual hallaremos siempre a un aspirante a explotador. Adquiridas las cien o doscientas hectáreas por éste, las hace producir en su exclusivo beneficio, haciéndolas trabajar la mayor parte de las veces por hijos de este país, que viven ilusionados siempre con la buena cosecha que los librará de su condición de explotados.

Los futuros explotadores en gran escala, después de pagar la primera

cantidad, tienen que pagar todos los años una más ínfima, que no representa ni la décima parte de lo que sacan de una buena cosecha. Y todavía pagan menos al que ara, siembra y cosecha; entretanto, los niños de la colonia, semisalvajes, semidesnudos y sin escuela, se pasan los años correteando y arreando los ganados del patrón.

Los padres de esos niños, más semisalvajes que los niños mismos, solo saben una cosa: adorar al patrón como a un ídolo. ¡Y cuidado que alguno diga algo contra él! ¡Serían capaces de asesinarlo!

Eston son, compañeros, los preliminares del problema agrario por este rincón del mundo. Y de su resolución depende la propaganda que está aún por hacerse, pues debo hacer presente que aquí no se conocen publicaciones obreras de ningún género, y si se habla de boicotes, lo toman a uno por loco.

Aquí no hay más centros que el de la liga. Y el estanciero de la comarca es el tata e ídolo organizador de las ligas agrarias, que no tienen otro fin que el de levantar los precios de las haciendas y demás negociones de la misma especie.

I. K. ESTELMAN.

Acotaciones a una polémica

Voy a referirme a la sonada polémica Malatesta-Colomer.

Aunque mis simpatías pudieran llevarme a parcialidad, inclinarme, deliberadamente, de un lado con preferencia de otro, debo declarar que no quiero estar con uno ni con otro, o más exacto, que no me encuentro con uno ni con otro, lo que tampoco significa que busque un cómodo término medio, ni mucho menos que tenga la pretensión de ser el árbitro que haya de poner de acuerdo a los lejanos compañeros discordantes.

El asunto, por aquí, entre nosotros, no solo ha despertado interés sino también pasiones, y mi intención, al terciar en él, no va más allá de dirigirme a los que por aquí nos hemos interesado o apasionado.

Dice Malatesta, replicando a Colomer, que para que resulte eficaz el empleo de la violencia contra los que se resistan a servir la causa de la revolución, negándose a entregar el producto de su trabajo, será necesario *organizarla*.

Y agrega: «¿Y no vé, (se refiere a Colomer) surgir de allá—de la organización de la violencia—el ejército rojo, la tcheka, los comisarios del pueblo, los burócratas que dirigen la recolección y distribución de los efectos secuestrados? ¿No vé la tiranía que se instala en nombre del interés público y de la causa revolucionaria, y hasta en nombre de la anarquía?»

Estoy conforme con que la organización, o lo que me resulta más preciso, sistematización de la violencia, llevaría inevitablemente a esos desastrosos resultados previstos por Malatesta, pero me pregunto a mi vez: ¿si para defenderse de unos simples campesinos que se niegan a entregar sus cosechas y que no tendrán, a buen seguro, otras armas que sus herramientas de labranza, es necesario organizar, sistematizar la violencia, cuánto más y más necesario no lo será para abatir el presente régimen, férreamente disciplinado y más férreamente fortificado? ¿Es que la revolución entraña por sí misma un peligro para sí misma? ¿O es que para Malatesta el período de violencia se desenvolverá dentro de un plazo fijado de antemano y, vencido este, no será dable ni razonable apelar a ella suceda lo que sucediere?

Yo no veo en esto, como algunos apasionados han creído ver, un síntoma de regresión o de caducidad en nuestro viejo y querido propagandista. Creo que esto es, sencillamente, detenerse en un punto de vista que no es el nuestro, lo que no significa tampoco que yo crea bueno o útil esta detención; todo lo contrario.

Producida una revolución y presentando la situación condiciones favorables a la prosecución de nuestros fines, habrá siempre obstáculos que vencer, y si la persuasión no basta, si los medios pacíficos han sido agotados, entonces los medios a emplearse no habrán de ser, claro está, de tiranía y de sojuzgamiento, pero, pese a nuestras mejores intenciones, la violencia volverá a ser el accidente y el expediente necesario, inevitable, obligado por las circunstancias.

Por otra parte, si la violencia, sistematizándose, entraña ciertamente un peligro de dominación, de despotismo y de burocracia, no es menos cierto que el dinero, símbolo del capitalismo, no podría subsistir un solo momento sin la dominación, sin el despotismo y la burocracia; pues deja de ser, no es absolutamente nada, si carece de administración que lo maneje, que lo circule, si carece de institución del monopolio que garantice su valor y de la autoridad con su correspondiente fuerza—y bien armada—que haga valer y respetar esa garantía.

Dice Malatesta que el dinero serviría para, llegado el día que han dado en llamar «siguiente al de la revolución» (cosa que yo no entiendo y que me dá la triste impresión de que todo quiere hacerse a plazo fijo y medido) dice, digo, que en ese día el dinero serviría para establecer el intercambio con aquellos que, remisos a la corriente innovadora, se resistieran a entregar o a poner en común los productos por ellos elaborados o recogidos, y sólo consintieran en venderlos como hasta entonces fuera su costumbre, como asimismo para el intercambio con otros pueblos o países que no se hallaren en revolución.

Colomer, dice por su parte, que el campesino se burlará de la moneda tan pronto como se persuada que puede subvenir a las necesidades de la vida sin la presencia del dinero.

Aquí conviene hacer notar, tanto a uno como a otro, que los campesinos, lo mismo que los pueblos o países no revolucionados, se burlarán, se reirán de una moneda que por efecto de una revolución ha quedado huérfana de garantías y en consecuencia sin valor, no aceptándola en pago de nada; ni aun de la misma burla.

Y si por efecto de la revolución la moneda no ha sido devalorizada, ello significa que subsisten instituciones y autoridades que de ningún modo podrán ser favorables a una revolución libertaria, con lo cual nuestra situación habría variado muy poco con respecto a la presente.

Bien, pues; nada de violencia organizada, injusta o innecesaria; que ella solo sea, para nosotros, lo que la hemos considerado siempre: un accidente fortuito del medio y las circunstancias; pero nada tampoco de pensar qué haremos con cosas como el dinero. El dinero, bueno o malo, útil o inútil, es un símbolo del presente, con valor para el presente, y a una revolución que se desarrolle y marche con vistas al futuro, a un futuro siempre renovado y siempre mejor, no le podrá ni le será provechoso, lastrarse con aquellas cosas de cuyas es ella la encargada de relegar a la historia. Eso por lo menos; que lo que fuera de desear, es que no dejara ni memoria de ellas.

DANIEL.

Apuntes de un viaje

La gran ciudad...

¡La gran ciudad! ¿Qué es la gran ciudad?—preguntará el lector?

La gran ciudad es Mar del Plata, donde se concentra toda la corrupción, toda la lascivia burguesa.

¿Qué tiene Mar del Plata, de estética, de belleza y de arte, admirados de lo fofo y de lo corrupto?

Nada. Lo que tiene, son grandes hoteles con espaciosos salones a donde acude el cieno, la orgía, la prostitución. ¡Ah, Mar del Plata!—exclaman algunos mentecatos admirados de su degradación,—¡es un monumento de belleza y de arte! ¡Imbéciles! Mar del Plata es una feria, una romería popular, una cachivachería de madera.

Todo el arte de Mar del Plata reside en los chalets, en el golf Club y en la bóveda ubicada en el centro de la rambla.

El Ocean Club, el Bristol Hotel, la rambla, los lujosos chalets, las calles asfaltadas de «la gran ciudad», constituyen una afrenta, una ofensa, un ultraje inferido a los desheredados que viven en un rancherío de latas al pie del puerto y en una promiscuidad espantosa.

¿Analizaron detenidamente los trabajadores de Mar del Plata este contraste que subleva?

¿No es denigrante para los trabajadores del Puerto vivir en esas cuevas de latas, donde absorben por único oxígeno el de los gases asfixiantes, propios de todo amontonamiento y toda falta de higiene?

¿No os dá vergüenza, compañeros, trabajar y vivir en esas pésimas condiciones?

Y bien, puesto que reconocéis lo denigrante de vuestra situación, tenéis que hacer todo lo posible para que ella cambie.

¿No véis, acaso, cómo el contraste social que ofrece esa «gran ciudad» os está desafiando cara a cara y frente a frente, constantemente?

Aquí la lujuria, el despilfarro de vuestro sudor, la orgía, la comodidad, el festín, lo superfluo, el derroche sin miramientos de ninguna clase, que ríe, que canta, que danza; y allí, junto a vosotros la miseria, el hambre, la tristeza, la desdicha, por culpa de esa crápula burguesa, que ríe, que canta y que danza.

He aquí esbozado, el contraste social que los trabajadores del puerto de Mar del Plata deberían de tener muy en cuenta.

¡Mar del Plata! ¡Concentración de la mugre, de la lacra burguesa! ¡Eres una ironía sangrienta junto a los caserones del puerto!

JOSÉ CARDELLA.

Necochea.

DE TIERRA ADENTRO

El campo.

Anchas leguas de tierra roja, abriéndose entre los cardales. Y cardales como espigas, colándose entre los cercos, manchando de gris el campo verde que se reclina en una hondonada como en el vientre de una madre, o se revuelve como una ola en las lomas, en las que flamea, como girón de victoria, un ñandubay.

¡La pampa nuestra, de tierra roja, de campos verdes, henchida de trigales, como fontanas de aguas claras que el espejismo del camino aproxima a nuestro paso!

¡Oh, la riqueza de la pampa, la troja que la máquina desgrana, el trigal que desborda de harina las bolsas, el sol en todas partes, como pontífice sonriente de la libación a la vida!

¡Eh, hermanos, los sin pan, los sin abrigo, acompañadme, yo os guiaré, la morada de paz está a nuestra vera!

Sobre la pampa rica, se alzan interminables alambrados, un látigo cimbra rozando las espigas, el winchester acecha en cada galpón. Las armas del crimen garantizan el robo. Y la felicidad no es sobre la tierra.

Si las parvas ardieran ¿no pensarían los satisfechos que más les hubiera valido entregarlas a los desheredados?

¡Fruta madura que se engullen los cerdos!

—Hermanos, trepemos al peral.

La ciudad.

Pesada y sin sentido como las paredes de sus edificios, ruinosas, cansadas como sus moradores. Polvo y rechinar de vehículos; hombres y mujeres que trabajan, descarnados, deshilachados. «Caficios» que la «atorran» y gentes «que viven».

Y por sobre todo, un algo que fluctúa entre el polvo y el trajin: el vacío,—casas de leyes, pabellones de reclusión, prostíbulos, casas de juego.

La ciudad es un estercolero, que se nos atraviesa en el camino y en el que la carrera nos apea.

***

De entre las sombras, alumbra una claridad: la luz eléctrica de los festines, la lámpara de la costurera, la vela del que escribe y siente.

—Hermanito, arrimémosnos a ese balcón.

¡Qué linda que es la música! Yo quisiera tocar en el piano himnos alegres, serenatas llenas de armonía.

—¡Eh, eh, apresuren el paso, atorrantes!

A andar, hermano; malo es dormir en la conserjería... Y mañana hay que trabajar.

***

Siento que el calor me abrasa; el andamio se viene abajo, ¡y con qué ojos me mira el patrón! ¿Le habré robado algo? ¡Si así comieran los niños! Y hay que marchar, sobre el estiércol. Semillas hay que en él fructifican.

¡Oh, si todas las casas de la ciudad fueran barridas y quedara como un guía el árbol que germinó la semilla: ¡la anarquía!

Los mataderos.

Recostados sobre el río, en una pendiente próxima a la ciudad, se alzan los mataderos, mejor dicho, puntean las tejas del rancherío, que, resabios de la colonia, constituyen el acampado que se llama playa de matanza. La res entra a fuerza de picana en el brete y un paisano viejo le atraviesa la nuca. Cae, patea, vuelve a alzarse, la arrastran y el desuello empieza. En el brete, los bueyes mugen, se esfuerzan, estiran los nervios en un último aleteo de vida.

¿Habrán visto los hombres que se entregan a la carnicería de la guerra, los que languidecen desgastándose en el trabajo, el estertor de la pieza animal que el hombre sacrifica?

¿No han aprendido del más pacífico de los animales, el rebelarse antes de ser sacrificados?

En los alrededores, el sol abrasa. Entre la jauría perruna y el mosquerío, las mujeres del pueblo recogen los desperdicios, cargan a cada lado de la mula una cabeza de vaca, llena de sangre y tierra, y descienden la colina.

En las orillas del río las gentes recogen la sangre que un canal trae de la playa de matanza.

Los desperdicios del matadero son el pan de todos los días del pueblo. Y así siempre en la sociedad burguesa.

La arreada.

Los ventrudos llenan las estaciones, los buffets, los camarotes. Es verano y el aire de las sierras es espléndido para los que disfrutaron del invierno junto a las estufas. Las sierras son un lujoso sport.

Las 2as están atestadas y a cada rato descargan la gente hacinada; de todas las razas, de todos los colores; todos hombres de labor con el estigma del trabajo esclavo en sus facciones.

Ahora el cuadro ha cambiado, ya no bajan gentes en tropel; son muchachos grandetones, hechos al sol y al agua, hermosas piezas criollas; marchan de a dos y un número resalta en sus blusas.

—¡Viva la clase de 1902!

Como una maldición suenan los gritos en nuestros oídos, repiquetean en nuestro cerebro.

¿Marchan alegres, palpita el odio en sus entrañas, la tristeza dibuja sus rostros? Si lo preguntáis, ni ellos mismos lo saben. Marchan; un sargento los dirige y van al cuartel porque les han dicho que hay que «servir a la patria». ¡Ellos que la engrandecían en las interminables jornadas sobre el surco!

—¡Eh, amigo, tenga Vd. vergüenza, vigile por su dignidad, rompa las filas!

No sabrán contestarnos; lo mismo les dá un sí que un nó.

Hubo uno que clavó en nosotros sus ojos celestes, henchido el pecho, y nos gritó a la pasada:

—Descuiden, quizás las armas que nos obligan a empuñar sirvan para grabarles una estrella en el cráneo.

Una gran esperanza se cruzó por nuestra frente, ¡pero hace tanto mal el cuartel, degrada tanto la disciplina, mienten tanto los que mandan!

¡Oh! no, no, en la escuela del crimen aprenderán la religión del amor. El odio a los que mandan, santificará a los futuros rebeldes que hoy obedecen.

¡El hilo de agua! ¡Qué tranquilo que parece! Y de golpe ataca la roca, la despedaza, limpia el camino, corre libre.

¡Los anarquistas no nos equivocamos!

¡La revolución!

Salta a flor de labios, en nosotros, a cada rato: ¡la revolución!

La acariciamos, como una esperanza o una realidad, a cada instante. Ha triunfado en nuestro corazón.

Pero así como en el nuestro, ¿ha hecho carne en el de los desheredados, triunfa en el pueblo, bulle como un deseo en la familia humana?

Sí y sí, «el derecho a la felicidad» de que nos habla Kropotkine, es la aspiración de todos los que sienten, los que desean algo grande.

La felicidad, la revolución, en suma, la libertad, está como fuerza o como idea en todos los cerebros.

Con todo, la realidad está muy distante, pero la alcanzamos con la punta de nuestros dedos. ¿La abrazaremos algún día?

Sí y sí; el comunismo anarquista triunfará.

JOSÉ M. LUNAZZI.

Córdoba, Enero 1923.

Crónicas de Río Negro

Es bueno que los compañeros de las capitales distraídos en la discusión de problemas más o menos idem, se enteren un poco de lo que pasa en el campo.

En el Kilómetro 1156 (seis más afuera de Roca), se está actualmente haciendo una carretera a lo argentino: abovedando y empedreguillando una calle que conduce a la bahía del río Negro,—trabajos del gobierno a cargo del contratista y estanciero Nielsen, a quien no le faltan ayudantes que lo secunden en sus planes de déspota ensoberbecido. Es uno de estos ayudantes Carlos Flores, inspector del gobierno, cuya misión sería la de recibir el trabajo en condiciones, sin inmiscuirse para nada en lo que hacen los operarios; sin embargo el «ordeno y mando» que todo militar usa con sus inferiores y el «ordene señor» que acostumbran con los superiores, son sus cualidades para con los peones y para con Nielsen. Y en cuestión de niveles, no hay entre ellos discusión. Se hace lo que conviene a ambos, y asunto concluído. La cosa es entregar un

trabajo, cualquiera sea, y arreglarse después como amigos.

Entre bueyes no hay cornada; y si a Nielsen no le ha impedido el socialismo que dice profesar como ideal, ser de lo peor en el orden social, y un tenorio en el moral, tampoco a Flores el haber leído «Memorias de un revolucionario», le impide ser un traidor para el gobierno y un servidor de lo más obsecuente para Nielsen. Entre los dos se entienden perfectamente. Y la estafa que le hacen al Estado, no construyendo las alcantarillas en las bocacalles, unas veces, o dando por terminado un trabajo a medio hacer, otras, no hay miedo de que se pierda. Ellos tienen buen estómago y el ministro de obras públicas recibirá los planos exactos, sin centímetro cúbico más ni menos (en los papeles), quedándose entre pecho y espalda de estos honradísimos patriotas a lo Vasena, el importe de los trabajos no realizados.

El otro ayuda es un tal Gonzalo, un pobre diablo que no ve más allá de su nariz. Tipo de adaptación a lo que venga, se las da de compañero y es capaz de vender a la mamá por conservar el puchero. Tal lo vamos a demostrar.

Había en los últimos días de Diciembre próximo pasado, una cuadrilla de quince hombres trabajando por un tanto en el abovedamiento de la calle que nos ocupa. El trabajo había empeorado de modo tal, que no adelantaba nada, por cuyo motivo tenían que parar los carros que traían el pedregullo. Nielsen mandó entonces otra cuadrilla que tenía trabajando en el pasto, de la que Gonzalo era el cabecilla, cuadrilla que en vista del trabajo y del precio (dos pesos), se negó a continuar la obra, haciéndoselo así comprender a los demás, que en el acto pidieron doble jornal.

Nielsen y Flores comprendieron que para 11 o 12 horas de labor, el sueldo era de hambre, pero encontraron mejor no acceder al pedido de «esos atorrantes» que exigían lo que ellos no podían pagar sin echar mano al capital privado que ellos *ganaban con tanto sudor y tan honradamente;* y los despidieron a todos con la consigna de no volver más al campamento. Todos se fueron, menos el Judas Gonzalo que fingiendo irse a otra parte, volvió, quedándose de capataz, estilo cuadrilla firme: estafa en la comida y el vino además del sueldo. ¡Y tan fresco como si hubiera realizado un sabotaje al burgués!

La noticia del despido no tardó en cundir entre nosotros. Al efecto, tentando el ambiente, acordamos ir al trabajo cinco compañeros de los muchos que estábamos en huelga forzosa, a razón de 4 a 5 pesos diarios, y nos encontramos trabajando a los carreros que no ignoraban el conflicto y tenían ganas de pedir aumento al contratista, pues también el pedregullo tiene un contratista.

Llegamos al campamento, compuesto de dos carpas tipo ferrocarril. En una están almacenadas las provisiones y sirve de albergue al capataz y coimero; en la otra nos amontonamos los 17 peones. Esta estaba levantada, quizá con perversas intenciones, en un sitio que fué antes corral de caballos.

Rodeando las carpas hay una laguna de agua en descomposición, y como media bolsa de moscas en cada carpa, que ensucian la carne, el azúcar, la galleta, etc., por lo que no es extraño, a veces, ver a un obrero que salga a patadas con un sapo que ha cazado dos o tres moscas sobre su rostro.

A la segunda noche de la llegada, llovió, teniendo que refugiarnos ocho en una carpa que era para cuatro, y el resto bajo una lona levantada durante el día, que se llovía igual que afuera. A la mañana siguiente los que durmieron en el suelo se levantaron con las pilchas llenas de gusanos.

La comida... es como la que se da en la cárcel de Bahía Blanca.

En el trabajo hay que andar once horas bajo los álamos y entre el agua, lo que no impide que se sude copiosamente y se llene uno de barro, al extremo de que cualquiera podría exclamar: «parecen hombres; dudo que lo sean».

Los carreros no tienen carpas. Duermen como veinte, entre carros y chatas, a lo largo de la calle, junto a las aguas descompuestas, con sus mujeres, hijos y peones, en una promiscuidad de gitanos.

Trabajamos tres días vigilados y amonestados por el capataz y el inspector, y sufriendo casi continuamente la presencia de Nielsen que a cada rato daba órdenes de despedir a unos para tomar a otros.

Al tercer día llegó al campamento un compañero de los que habían trabajado antes. El inspector al verlo se fué como una luz sobre él a decirle que se retirara. El obrero respondió que no se iría sin pedir trabajo al capataz, (aun no sabía quién era éste;) que por otra parte eran las once y no quería marcharse sin comer y en fin, que si se sentía capaz, que lo arrojara él mismo, cosa que por *prudencia* no hizo el otro.

Por el último el muchacho se marchaba, al tiempo que volvíamos del trabajo. Nosotros lo hicimos quedar diciéndole que la mala comida que pagábamos por buena, era nuestra, y que nada tenía él que ver con nadie.

El «emperador» Nielsen tiene en su campo dos agentes de policía pagados por la municipalidad, y de acuerdo con Flores mandó uno para reducir al rebelde; éste, poco confiado en su ropa, respondió que si no quería ir, él no lo llevaría, pero que lo acompañara nomás, que el encargado era bueno y lo dejaría en libertad. Estábamos 5 o 6 dispuestos a no dejarlo llevar, y el garbancero Gonzalo le dijo al hambrón Flores: «perdónelo, don Flores», a lo que repuso aquél dirigiéndose al agente: «¡cumpla con su obligación!» Y se retiró como gato escaldado, no sin haber oído de un compañero, palabras desagradables. Y el muchacho se fué, acompañado del agente y de otro camarada que nos comunicaría lo que sucediera, quedando convenidos en abandonar el trabajo si no lo soltaban.

Ese mismo día habían tratado de despedir al cocinero. Gonzalo, luego que nos fuimos al trabajo, le encargó que arreglara el corral de los caballos, a lo que aquél se negó, diciendo que bastante tenía con la cocina. Fué lo suficiente para ofrecerle la cuenta, y si no lo echaron es porque con él nos solidarizamos cinco compañeros, lo que obligó al garbancero a andar de diplomacia con Nielsen para que lo dejara.

Luego vimos que tomaron cuatro peones más. Supusimos que a algunos de nosotros se nos despediría, como así fué en efecto, pues se echo a dos compañeros; y nos fuimos cinco.

A un compañero que protestó la noche de llegada al campamento, por el estado inmundo en que se hallaba la carpa, le fué respondido por otro: «si yo fuera tan delicado, no andaría de linyera».

En fin, compañeros, en el campo hay resquemores, hay odios contra las injusticias y vejaciones que se nos hacen sufrir, lo que significa que hay materia apta para hacerla arder cualquier día y hasta para que arda sola. Pero diremos lo que diría un escultor al ponerlo delante de una mole de granito: «es material inapreciable, pero hace falta trabajarlo para que adquiera valor».

Y aquí hace falta mucha propaganda.

UN RÚSTICO.

LAPIDA

Cuando la ley *para todos* se bifurca como un tronco y se hace ley *para algunos*, entonces, de mala que era, se torna al punto en odiosa. El exclusivismo en ésto, siempre resulta antipático. Y de ahí es que, siempre también, resulten tan combatidas las leyes especialmente destinadas a un grupo de los que forman el agregado social.

Por eso, cuando la ley, negando su propio espíritu y su propia tradición más o menos democrática, cae en tales procederes de déspota sin control, crea, como contrarresto a la amenaza erigida contra unos pocos, un ambiente de violencia que le es al principio, incómodo, y más tarde le es fatal.

El desprestigio en que caen las leyes de ese carácter, son para ellas lo que un licor corrosivo sobre una plancha de hierro: las muerde con lentitud, pero las muerde hasta que al fin las socava, las desmorona y las mata.

Y no hay quien llore sobre estos cadáveres de la historia, ni hay quien los acompañe hasta la huesa, ni quien, oficiando de sacerdote, les lance el último responso. Perdiendo su potencia paso a paso, ante la vida que también paso a paso se renueva, hundiéronse en las sombras, arropadas en el odio que las engendró.

Y cuando algún juez de aquellos reaccionarios a todo trapo las saca a relucir para aplicarlas o para amenazar, no tardan en ser enterradas más profundamente, bajo el escupitajo lapidario de todas las conciencias libres.

JUAN VIZNAGA.

OTRO PIC NIC FAMILIAR

El Domingo 25 de Febrero de 1923

HORAS: **6** a **18**

En el espléndido paraje denominado "Palo Blanco". Es a beneficio de IDEAS y del "Sindicato Obreros Frigoríficos Patagonia y Berisso" que lo organizan.

Gran playa, si no crece el río. Mucha arboleda como para defenderse del mucho sol. Mucho lugar propicio para una siesta y muchos sitios discretos, mucha espesura, mucha umbría como para una declaración de amor. Además, comestibles y bebidas, como en el pic nic anterior. Vaya todo el mundo, que es cosa de ver. El que no concurra, no sabe qué lindo día se pierde.

TRANVIAS: el 25 de La Plata a Berisso. El 24 de Berisso hasta un puente alto sobre un arroyo profundo. Y después 1200 metros más o menos, en una zorra, que pueden, si se desea, hacerse muy bien a pie, entre dos hileras de álamos y sauces.

¡PRECIOSO!

ADMINISTRATIVAS

Recibimos las siguientes cantidades: AVELLANEDA.—E. Latelaro, por nuestro folleto 1.00—BERISSO.—E. Fotinos 1.00—BUENOS AIRES.—S. A. 5.00, A. Lopez para «Por el amor» 1.00—COLONIA CASTEX.—C. Sola 5.60—CORDOBA.—J. M. Lunazzi por «Ideas» 2.30, por nuestro folleto 2.60, «Por el amor» 2.20—LA PLATA.—A. Giusso 1.00, A. Dalto 1.00, Saturnina Dominguez 0.50, B. Graiver 1.00, J. Sanchez 0.50, J. Villarreal 1.00, J. Rivella 1.00, A. Souto 1.00, José Pesce 1.00, Sociedad Mosaistas 10.00—LANUS.—A. Balbuena 3.00—LONQUIMAY.—I. Novatti 2.00 para «Ideas» y 1.00 por folletos varios—NECOCHEA.—E. Ruiz 2.50, F. Abajo 1.00, D. Cascón, P. Cuñado 1.00, R. Cuñado 1.00—PERGAMINO.—J. Olcese 2.50, R. Hansih 0.20, A. Lupoli 0.20, F. Colaberardino 0.40, R. García 0.40, R. Lopez 1.00, J. Olcese 0.30 «Por el amor»—RIO CUARTO.—A. Verde 4.00—SAN MARTIN.—M. Fittas 0.50, S. Tirabassi 1.00 por nuestro folleto—TUCUMAN.—R. Tártalo 5.00—TRES ARROYOS.—J. Guidobono, M. Sanjurjo, N. Nañez, J. González, C. García, L. Liñan, F. Armesto, T. Puentes y J. Blanchi 1.20 cada uno—VILLARS.—L. Parra 1.00—BENEFICIO.—Pic nic del 28 de Enero 40.20. Total de entradas $ 118.70—SALIDAS—Impresion de este número (2.000 ejemplares) $ 85.00. Franqueo del mismo y de correspondencia $ 10. Total $ 95.00. Saldo anterior 33.18. Entradas 118.70. Suma 151.88. Salidas 95.

Para el número siguiente $ 56.88.

PARA «LA ANTORCHA» DE BS. AIRES

CIPOLLETTI.—Antonio Vivez 3.00—COLONIA CASTEX.—Carlos Sola 9.80-CORDOBA.-José M. Lunazzi 0.90.

PARA EL COMITÉ PRO PRESOS

SUNDBLAD.—José Bardullas 0.40.

PARA «LA PAMPA LIBRE»

Bs. AIRES.—Julio Stefani 1.00—CORDOBA.—J. M. Lunazzi 0.50.

Comité Pro Presos y Deportados

LA PLATA

Balance del mes de Agosto

Entradas.—Carmelo Mondino (Mercedes) donación 0.45; Alejandro Ples, donación 0.50; Agrupación «Ideas», velada del 16 de Julio a beneficio de este Comité 30.20; Obreros en Dulce cuota Mayo y Junio 100 estampillas 5.00; Panaderos cuota Julio 270 estampillas 13.50, y Agosto 276 estampillas 13.80; Federación Obrera Local, autónoma de Pehuajó, velada a beneficio de este Comité 28.35; Comité Mixto 1º de Mayo de Tres Arroyos, donación 9.00; De un grupo de Obreros panaderos de San Pedro, suscripción voluntaria para este Comité 10.20. Total de entradas $ 111.00.

Salidas.—A Carlos Pollini 18.52; a Fco. Ballejos 16.15; a Juan Mieres 16.15 a Antonio Chentorbi 8.30; por quinientas hojas papel de carta 6.00; Total de salidas $ 65.12.

Resumen.—Saldo de Julio 338.40. Entradas 111.00. Total 449.40. Salidas 65.12. Saldo que pasa a Septiembre $ 384.28.

***

Balance del mes de Septiembre

Entradas.—Obreros en Calzado 106 estampillas por Julio y Agosto 5.30; Obreros Albañiles, cuota donación por Junio a Agosto 30.00; Obreros Frigoríficos Patagonia y Berisso, velada del 26 de Agosto de 1922 a beneficio de este Comité 37.55 Obreros Panaderos 280 estampillas cuota Septiembre 14.00; Obreros Navales de Ensenada, 503 estampillas por Mayo a Agosto 25.15. Total de entradas $ 112.

Salidas.—Por gastos para llevar bolsas de víveres a la Penitenciaría 0.50; a Carlos Pollini 19.05; al mismo camiseta y calzoncillo 6.50; por llevar víveres al Departamento de Policía 0.50. Total de Salidas $ 26.55.

Resumen.—Saldo de Agosto 384.28 Entradas 112.00. Suma 496.28. Salidas $ 26.55. Saldo que pasa a Octnbre $ 469.73.

SANTIAGO MERLINO — Tesorero
ANGEL IMPERIAL — Secretario

Luis Cazzola, José Pucci, Julio J. Gomez
Revisores de cuentas

Sindicato de O. de Frigoríficos de la Patagonia y Berisso

AGRUPACIÓN «IDEAS»

Balance del pic nic realizado el 28 de Enero de 1923, en «Palo Blanco», a beneficio, por partes iguales, de «Ideas» y del «Sindicato de O. de Frigoríf. de la Patagonia y Berisso.»

ENTRADAS

Venta de vales 175.85. Venta de restos en el local del Sindicato 10.75. Venta de cuatro sillas donadas 4.40. Venta de números de rifa 28.00. Venta de tarjetas postales 7.50. Producido de las listas puestas en circulación con anterioridad 79.60. Total $ 306.10.

SALIDAS

Cerveza 64.00. Transporte 30.40. Empanadas y masas 15.45. Pan 15.50. Hielo 5.00. Cuatro capones y fiambres 25.25. Fruta y acarreo de la misma 29.00. Sidral 8.00. Cigarrillos y fósforos 7.60. Rotura de envases de cerveza 1.10. Impresión de vales 10. Carteles 3.50. Tarjetas postales 6.00. Gastos varios 4.90. Total $ 225.70.

BENEFICIO.—Practicada la resta, el beneficio es de $ 80.40, habiendo correspondido a cada uno de los beneficiados la cantidad de $ 40.20.

POR EL SINDICATO: Estelios Fotinos
POR «IDEAS» Risto Stoianovich

Comité Pro Presos y Deportados de La Plata

VELADA Y CONFERENCIA

El sábado 3 de Marzo de 1923, a la hora 20.30

En la "Operai Italiani" calle 12-56 y 57

Se representará

M'hijo el dotor

Angela Purita y Palmira Lamas recitarán versos. Un compañero dará la conferencia. Payará Evaristo Barrios. Habrá música y se cantarán himnos revolucionarios.

Entradas: Hombres $ 1.00 Mujeres $ 0.20. Menores, gratis

Es a beneficio de este Comité. Es, pues, un deber concurrir.